

# 08

## Graham Greene, un agente doble en la redacción

*Graham Greene, a double agent in the newsroom*

**Dra. Ruth Rodríguez Martínez**

Facultat de Periodisme. Universitat Pompeu Fabra.

### **Resumen / Abstract**

El propósito de este artículo es analizar la concepción que Graham Greene tenía del periodismo a través de sus experiencias como periodista en diversos periódicos y revistas durante la primera mitad del siglo XX. Primero como director de la revista universitaria *Oxford Outlook*, después como subeditor en el periódico local *Nottingham Journal* y, más tarde, con su llegada al diario *The Times* como subeditor. En este artículo también se compara la ficción de Greene con sus textos periodísticos, y la relación entre ambos resulta evidente.

*The aim of this article is to analyze Graham Greene's conception of journalism through his experiences as journalist in different newspapers and magazines during the first half of XXth century. First as Oxford Outlook magazine director, afterwards as subeditor at Nottingham Journal newspaper, and later on as subeditor at The Times newspaper. Beside this, in this article are compared Greene fiction and his journalistic texts, and the relationship between both is obvious.*

### **Palabras clave / Key words**

Graham Greene. *The Times*. Subeditor. Inglaterra. Huelga general de 1926. Corresponsal.  
Graham Greene. *The Times*. Sub editor. England. General Strike of 1926. Correspondent.

## 1. Las redacciones del *Oxford Outlook* y el *Nottingham Journal* como escuelas de periodismo

Graham Greene no se sintió un verdadero hombre de prensa. Reconoció que este papel no fue esencial en su vida, sin embargo el autor admitió que el periodismo fue para él una transitoria y valiosa experiencia antes de dedicarse a la literatura. Para Greene la redacción de un periódico era el lugar más indicado para el joven aspirante a escritor y le ayudó a realizar lo que a sus ojos era lo más importante: sus novelas. De esta forma lo explicó en su libro *Una forma de vida*:

No concibo un empleo más apropiado para un joven novelista que el de ser redactor durante algunos años de un periódico más bien conservador. El horario, de las cuatro de la tarde hasta cerca de la medianoche, le deja tiempo suficiente para hacer su propio trabajo por las mañanas, cuando ya está descansado después de haber dormido: la redacción se apodera de él en las horas de fatiga. Cuenta allí con la compañía de hombres amables e inteligentes, de mayor experiencia que él; no está encerrado en sí mismo dentro de un cuartito, atormentado por problemas de expresión. Y salvo escasas rachas de premura, el horario de trabajo hasta le deja tiempo para los libros y la conversación (la mayoría de nosotros lleva algún libro para leer entre una y otra tarea). Y el trabajo es monótono. Más bien, como en el juego del Abecedario, las mismas letras producen continuamente palabras diferentes: nadie sabe a las cuatro de la tarde lo que traerá la noche y la muerte no se atiene a horas convencionales. (...) Y cuando el joven escritor vive estas horas divertidas y poco absorbentes está aprendiendo a eliminar las frases hechas de los periodistas, a resumir una historia, en el menor espacio posible, sin estropear el efecto buscado. No es nada fácil que de ese aprendizaje surja un escritor de estilo desorganizado. (Greene, 1987: 154-155)

El primer contacto que Greene mantuvo con el periodismo fue durante sus estudios universitarios en Oxford<sup>2</sup>. Tras escuchar uno de los ensayos del escritor, el decano de Balliol, que durante un tiempo fue su tutor, le sugirió que se dedicara al periodismo. El joven estudiante no tardó en hacer caso a esta recomendación y comenzó a participar en *Oxford Outlook*, una revista universitaria mensual que había sido fundada en 1919 por Beverley Nichols y que, según el escritor, necesitaba una urgente modernización:

Tan pronto llegué a Oxford decidí, en compañía de una pequeña banda de hombres impertinentes, que Oxford necesitaba una nueva revista literaria que reflejara el nuevo espíritu de la universidad tras la Guerra... Se llamaba *Oxford Outlook* y la gente pagaba por ella media corona. (Sherry, 1989:142)

Greene se puso en contacto con el equipo de la revista y pronto comenzó a trabajar de editor. Para conseguir que reflejara el nuevo espíritu de la universidad, desempeñó su papel con energía y entusiasmo, luchó por implantar sus ideas y muchas de sus decisiones fueron aprobadas. Por ejemplo, con Greene como editor, *Oxford Outlook* incluyó por primera vez ilustraciones, aumentó su tirada y ofreció un particular seguro para aquellos que suspendían los exámenes<sup>3</sup>. Los esfuerzos del escritor para mejorar la revista no pasaron inadvertidos a sus lectores, que desde el primer número que Greene editó, en noviembre de 1923, apreciaron la generosidad del autor para reconocer el talento de los demás. El escritor no dudó en ceder el espacio de la revista a autores de muy diverso tipo, entre otros, al novelista Louis Golding, al poeta Quennell o los textos políticos de Claud Cockburn. Joseph Macleod recuerda que Greene publicó, entre otros, cuatro poemas de Cavafis cuando aún el poeta no era conocido en Inglaterra (Sherry, 1989:144-147)<sup>4</sup>. Pero Greene no sólo tuvo oportunidad de ocuparse de los contenidos de la novela, sino también de su situación económica, lo que obligó al escritor a ser un editor idealista y ambicioso pero también práctico, así lo deja ver esta carta enviada a su madre:

**Hasta ahora hemos logrado tener 4 páginas más de anuncios lo que nos ayuda de forma considerable. Ahora las pérdidas son de 7 libras por revista y las cuatro páginas extra suponen 2.10, pero tenemos garantizadas 5.50 libras por revista (...). (Sherry, 1989:144)**

En *Oxford Outlook* el autor contó con una formación práctica como periodista muy completa, ya que debía tener en cuenta los contenidos y también los ingresos, lo que puede suponer una excepción porque con frecuencia los redactores apenas tienen responsabilidades económicas en los medios en los que trabajan y suelen estar cada vez más alejados de aquellos que toman este tipo de decisiones.

Antes de terminar sus estudios de Historia, Greene abandonó la revista *Oxford Outlook*, pero no la idea de dedicarse al periodismo. En una carta, con fecha del 8 de febrero de 1925 (ese mismo año terminó sus estudios en Oxford), Greene habló a su madre de la posibilidad de trabajar en *The Times*. En esos momentos el escritor no sabía que su experiencia en la revista *Oxford Outlook* no significaba nada para los editores de *The Times* y que tendría que esperar un año y un mes (hasta el 10 de marzo de 1926), para ocupar un puesto provisional en el prestigioso diario. Antes de ser admitido en *The Times*, Greene necesitaba adquirir experiencia en un periódico de provincias, por lo que el escritor aceptó marcharse a Nottingham para trabajar, sin sueldo, de subeditor en el *Nottingham Journal*. En este periódico Greene se ocupaba desde las 5.30 de la tarde hasta la medianoche de co-

rregir los telegramas que llegaban, puntuarlos, dividirlos en párrafos, quitar aquello que no era necesario, escribir las palabras que faltaban; si trataban sobre noticias locales, decidir si eran interesantes o no y escribir los titulares:

A cada tipo [de titular] se le denomina con un número. Hay ocho tipos diferentes. Cada uno cuenta con un número distinto de letras y los espacios se cuentan como una letra. El tipo más grande es para las noticias más importantes y así hasta el menor. Primero decides qué tipo de noticias van a aparecer. Entonces piensas en titulares que atrapen al lector, con los aspectos más interesantes de las noticias y un número adecuado de palabras. Si eres listo puedes poner muchas letras “i” en un titular y entonces poner más letras. Pero si pones muchas “M” o “W” no puedes poner muchas letras. (Sherry, 1989: 236)

En torno a las diez de la noche Greene interrumpía su trabajo en solitario para reunirse con el equipo editorial del periódico y, en ese momento, el escritor tomaba conciencia del lugar en el que estaba:

Nos sentamos en una mesa redonda, que preside el editor de Noticias, con los recortes de prensa y el lápiz azul, hablamos y fumamos, como si se tratara de una fiesta de familia. Y antes de las diez, alguien va a comprar dos peniques de patatas calientes y el viejo irlandés calvo que se encarga de la sección de Deportes prepara el té. (Sherry, 1989: 237)

Aunque el escritor sabía que esta experiencia era decisiva para su futura carrera de periodista (este era el requisito que Geoffrey Dawson, editor de *The Times*, había pedido al escritor si quería encontrar trabajo de subeditor en su periódico), tres semanas después de su llegada a Nottingham Greene comenzó a sentirse desdichado y pensó abandonar la provincia para marcharse a Londres. Sin embargo, los sucesivos intentos del escritor de ingresar en *The Times* no tuvieron recompensa y Greene tuvo que permanecer en Nottingham hasta marzo de 1926 (fecha en la que abandonó esta ciudad para instalarse de forma definitiva en Londres). El escritor trabajó en realidad poco más de 4 meses en la redacción del *Nottingham Journal*, pero sus cartas dan muestra de la tristeza y soledad que sentía el joven en la pequeña provincia<sup>6</sup> y también en la redacción, donde el autor se sentía solo a pesar del aprecio que le tenían en el *Journal*:

El director del suplemento literario era un ministro metodista que me trataba amablemente y que algunas veces me daba una novela para que la comentara. El *Journal* se sentía orgulloso de su tradición literaria: podían decir, tal vez, que era un diario vulgar, pero no podían negarle su condición bohemia. (Greene, 1987: 139-140)

## 2. *The Times*: esperanza, ilusión y cansancio

Greene tenía la impresión de que en el *Nottingham Journal* no había aprendido nada<sup>7</sup>. Sin embargo, la redacción de *The Times* debió de tener una opinión distinta sobre su aprendizaje en el *Journal*, porque a su llegada a la ciudad le aceptaron como subeditor durante un mes de prueba, con posibilidad de permanecer más tiempo. Y el 10 de marzo de 1926, con 21 años, Greene comenzó a trabajar en este prestigioso periódico, donde había deseado entrar desde que estudiaba Historia en Oxford<sup>8</sup>. El horario del escritor en *The Times* era muy similar al que había tenido en el *Nottingham Journal*, de 4 a 11 de la noche y su trabajo tampoco parecía muy distinto, ya que en ambos desempeñó el papel de subeditor<sup>9</sup>. Pero desde el primer momento Greene se sintió más cómodo en la redacción de *The Times* que en la del *Journal*:

**El Times es mucho más agradable que el N[ottingham] J[ournal]. (...) Supone un verdadero cambio estar rodeado de gente universitaria. (Sherry, 1989: 128)**

Y aunque en un principio el escritor temió que no fuera a superar el periodo de prueba, poco tiempo después se dio cuenta de las pocas probabilidades de que fuera expulsado de la redacción de *The Times*:

**No me parecía probable que sobreviviese al periodo de prueba, pero finalmente la descansada vida de los redactores de mesa (creo que éramos unos diez en total) me calmó los nervios y empecé a darme cuenta de que allí estaba tan seguro como si hubiese encontrado un empleo público. En *The Times* no se sabía de nadie que hubiera sido despedido o que hubiera tenido que renunciar. Recuerdo con placer (símbolo de una vida apacible) el fuego que ardía lentamente en la sala de redactores, el apagado rumor de los carbones cuando caían uno tras otro en la vieja rejilla negra. (Greene, 1987: 149)**

Según afirma Norman Sherry en su biografía sobre Graham Greene, el escritor pronto contó con la amistad y aceptación de sus colegas de la redacción, pero fue la huelga general que vivió Inglaterra del 3 al 12 de mayo de 1926 la que permitió a Greene demostrar el compromiso que tenía con el periódico y ganarse el reconocimiento de éste por su labor. En un principio, Greene miró con distancia y casi divertido (pensaba tomarse unos días de descanso en el campo) esta huelga, que fue declarada, entre otras razones, por la negativa de los mineros a aceptar un recorte en sus salarios y un aumento de la jornada laboral y el rechazo de los impresores del *Daily Mail* a imprimir un editorial titulado "Por el Rey y el País", que consideraban un ataque al partido laborista<sup>10</sup>. Sin embargo, lejos de marcharse de Lon-

dres, Greene decidió quedarse en la redacción del periódico y, a medida que evolucionaron los hechos, se dio cuenta de que tenía que actuar. El escritor, al igual que sus compañeros, trabajó de empaquetador; cargador, con jornadas de más de 16 horas (de 4.15 de la tarde a las 8 de la mañana del día siguiente). Fue este trabajo desinteresado de los redactores del periódico y otros muchos voluntarios (universitarios, directores de bancos, miembros del Parlamento y de la mitad de los clubes de Londres) lo que hizo posible que *The Times* no se detuviera durante la huelga (el único en conseguirlo junto a la *British Gazette*, periódico gubernamental editado por Winston Churchill). De esta forma celebraba Greene la continuidad del periódico durante aquellos días:

¡Gran triunfo! La pasada noche conseguimos imprimir un periódico de cuatro páginas con sólo una máquina. El único periódico de Londres que lo ha hecho. (Sherry, 1989, 300)

Esta actitud de Greene de “rompehuelgas” (así se autodenomina en *Una especie de vida*) que le valió el reconocimiento y el ingreso definitivo en el periódico, ha sido en ocasiones interpretada como un acercamiento del escritor hacia los conservadores, pero en su entrevista con Marie-Françoise Allain, Greene explicó que las razones de su comportamiento no fueron en realidad políticas:

En aquel momento yo estaba emocionalmente ligado al periódico. Incendiaron el edificio para acabar con él. Como miembro del equipo yo estaba a la defensiva. Y efectivamente por curiosidad formé parte del servicio de orden del periódico durante dos o tres días. Pero en realidad la historia es más complicada de lo que parece. No sólo tenía el *Times* que batirse con los huelguistas sino que tenía también que hacerlo con Churchill, que entonces estaba intentando lanzar su propio diario, sostenido por la extrema derecha. Y la desaparición de *The Times* habría arrastrado la de toda la prensa moderada. No me arrepiento de mi actitud de entonces, aparte de que era muy joven. (Allain, 1982: 113)<sup>11</sup>

De acuerdo con esta explicación, la actitud de Greene respondía al deseo de preservar la pluralidad en la prensa inglesa en lugar de apoyar a los conservadores y también mostrar su compromiso y lealtad con la redacción de *The Times*, donde había llegado hacía escasos tres meses y es natural que quisiera conseguir su reconocimiento<sup>12</sup>.

Pero el joven Greene, que había sido feliz en la incertidumbre de la huelga, no logró aceptar la vuelta a la normalidad y tranquilidad en la redacción. El escritor descubrió pronto el tedio y la rutina del trabajo periodístico y, según afirma Norman

Sherry, llegó a sentirse prisionero en *The Times* (1989: 294). Las posibilidades de Greene de escapar de la redacción eran escasas, ya que su única fuente de ingresos era el periódico. Marcharse del diario suponía pedir ayuda a sus padres, algo a lo que no parecía dispuesto y en ese momento la literatura se convirtió en una esperanza para el escritor<sup>13</sup>. La publicación y el éxito de su primera novela, *Historia de una cobardía*, obra que escribió en los ratos libres que le dejaba *The Times*, permitió a Greene pensar en la posibilidad de abandonar el periodismo y dedicarse a escribir<sup>14</sup>. De esta forma recuerda el autor este episodio de su vida:

Pocos meses después de mi *Historia de una cobardía*, mientras luchaba con otra novela, *El nombre de acción*, le escribí a Charles Evans una carta de extorsión: le dije que tenía que elegir entre *The Times* y escribir novelas; no podía seguir haciendo las dos cosas. Me contestó ofreciéndome, si decidía renunciar al periódico, seiscientas libras anuales durante tres años a cambio de tres novelas. Fue lo que elegí. (Greene, 1987: 168-169)

La decisión de Greene de renunciar a *The Times* no fue bien acogida en el periódico, donde el escritor<sup>15</sup> gozaba de buena reputación. Por ejemplo, el redactor jefe George Anderson<sup>15</sup> pidió a uno de los hombres con más poder del periódico, Lints Smith, un ascenso económico para Greene, que le fue concedido y no quiso aceptar la idea de que el escritor abandonara la redacción:

Cuando fui a presentar mi renuncia a George Anderson discutí largo rato conmigo y creo que la verdadera razón que le forzaba a impedir mi marcha era que preveía para mí la época en que iba a fallarme el escribir novelas y en que iba a necesitar, lo mismo que él, una vida tranquila y segura, con bares que se abren a las cinco y media y un carbón bien asentado en la chimenea. (...) [Anderson aseguró a Greene] que algún día, si tenía paciencia unos años más tendría a mi cargo las corresponsalías. (Greene, 1987: 156)

El aprecio que el escritor sentía por Anderson no le hizo cambiar de idea y aunque después Greene lamentó amargamente la decisión de dejar su puesto en *The Times*, sobre todo por la inseguridad económica que vivió como escritor, en ese momento le pareció una liberación abandonar la rutina del trabajo diario en el periódico (Greene, 1987: 170)<sup>16</sup>. Pero el periodismo no desapareció totalmente de la vida de Greene, ya que poco después de abandonar *The Times* compaginó su labor de escritor con la menos previsible vida de los corresponsales.

### 3. El periodismo, ¿fuente de inspiración literaria?

Si bien la literatura fue una de las causas que puso fin a la carrera de periodista de Greene en el *The Times*, ésta fue en cambio la que le permitió ejercer de corresponsal en el extranjero. En este papel, menos rutinario que el de periodista de mesa, el escritor se sintió muy cómodo y trabajó el resto de su vida. Graham Greene se vio favorecido por la costumbre anglosajona según la cual, así lo explica Friedrich Sieburg en su artículo “Le rôle intellectuel de la presse”, se confiaba la información de otros países no a los periodistas que, por lo general, sólo daban cuenta de los asuntos políticos, sino a un reportero con aptitudes literarias o a un escritor<sup>17</sup>. Estos corresponsales extranjeros o periodistas aficionados, de esta forma los llamaba Greene, creaban desde su posición privilegiada textos interesantes y atractivos para la audiencia, ya que en ellos abordaban complejos asuntos políticos al tiempo que hacían un variado y curioso retrato de la realidad del país y donde la política se mezclaba con lo económico, lo social y lo cultural. El autor de *El americano impasible* consideraba que los corresponsales estaban más cerca del escritor que del periodista profesional porque disfrutaban de gran independencia. Sin embargo, aunque los reportajes y artículos de los corresponsales eran respetados y se publicaban sin modificaciones importantes, su libertad e independencia podían ponerse en duda si entraban en juego intereses políticos o económicos (Cano, 1933:81-146). Por ejemplo, la información sobre el extranjero que suscitaba polémica era censurada por el Ministerio de Asuntos Exteriores y algunos periódicos y revistas se negaban a publicar los reportajes que no ofrecían la visión que les interesaba. El propio Greene sufrió este tipo de censura cuando la revista *Life* rechazó su reportaje sobre Indochina. Es muy probable que el antiamericanismo del escritor no gustara en la redacción y el escritor se vio obligado a publicarlo en *Paris-Match* el 12 de julio de 1952 con el título: “Indochina: la corona de espinas de Francia” (Greene, 1990a: 163).

La experiencia de Greene de corresponsal le sirvió de fuente de inspiración para sus reportajes y artículos periodísticos, pero también para su creación, ya que como escritor Greene imaginó y, sobre todo, observó. El autor estuvo de acuerdo con el escritor Hans Andersen, quien afirmaba que “de la realidad están sacadas nuestras historias imaginadas” y se opuso aquellos que creían que sus obras eran tan sólo resultado de su invención:

**Algunos críticos se han referido a una extraña, violenta, sórdida región mental que llaman *Greeneland*, la tierra de Greene. Y a veces me he preguntado si no andarán por el mundo con los ojos cerrados. Esto es Indochina, siento ganas de exclamar, esto es Sierra Leona, descrito con cuidado y precisión. He sido corresponsal de pe-**

riódico, además de novelista. Les aseguro que el niño muerto yacía en la zanja en la actitud en que lo he descrito. En el canal de Phat Diem los cadáveres emergían del agua... Pero no serviría de nada. No creerían que el mundo que no han observado es así. (Greene, 1990a: 80)

El escritor reivindicó los escenarios que le tocaron vivir de punto de partida de su ficción y su obra periodística y literaria mantuvieron una estrecha relación. De esta forma lo explicó el propio Greene:

Hay lógicamente una interacción entre experiencia y escritura. Los reportajes de Indochina, de 1951 a 1955, me han llevado a *El americano imposible* y la verdad es que no tenía la menor intención de sacar de allí un libro, ni siquiera después de mi segundo viaje, por cuenta de *Paris-Match* (...) Sólo a partir de 1954 comprendí que allí había una novela y que tenía que volver a Indochina, pues me di cuenta de que no sabía aún del país lo suficiente para realizar este trabajo. (Allain, 1982: 76-77)

Esta correspondencia entre el periodismo y la literatura de Greene se pone de manifiesto si se comparan, por ejemplo, algunos de los artículos que el autor escribió sobre Vietnam y *El americano imposible*. Los siguientes fragmentos de su artículo "Recuerdo de Indochina", publicado en *Listener* el 15 de septiembre de 1955, y ciertos pasajes de esta novela permiten observar las innegables semejanzas:

#### Recuerdo de Indochina

Me introdujeron en un reducido espacio, donde tomé asiento sobre una chapa de metal poco más grande que el sillín de una bicicleta, con las rodillas apretadas contra la espalda del navegante de vuelo.(...).

Cuando comenzó el descenso de pronto todo fue pura sensación, la visión se redujo a nada (...) No tuve conciencia del momento en que soltamos las bombas, de repente comenzó el tableteo de la ametralladora y la cabina se llenó del olor a cordita, y desapareció el peso de mi pecho cuando de nuevo tomamos altura. Fue entonces el estómago el que se me cayó a los pies, tra-

#### *El americano imposible*

Me insertaron sobre un asientito de metal no más grande que un asiento de bicicleta, con las rodillas contra la espalda del piloto.

Ahora todo era sensación, nada era visión. (...) No advertí en qué momento se soltaron las bombas, luego oí el repiqueteo de la ametralladora y la cabina se llenó de olor a cordita; el peso se separó de mi pecho, porque ya subíamos, y era el estómago el que se me iba, cayendo en espiral como un suicida hacia el suelo que acabábamos de abandonar.

zando una espiral como un suicida que se precipitase hacia el terreno que acabábamos de dejar atrás. Durante cuarenta segundos no existían preocupaciones.(...).

Descendimos de nuevo, lejos del bosque retorcido y lleno de fisuras, hacia el río que ya embocaba a la llanura y los arrozales descuidados, y apuntamos como una bala a un pequeño sampán que surcaba las aguas amarillentas. La ametralladora escupió una sola ráfaga y el sampán se deshizo en una lluvia de chispas, ni siquiera esperamos a ver cómo trataban de sobrevivir nuestras víctimas. Remontamos el vuelo y tomamos el rumbo de regreso a la base (...) Volví a pensar que detesto la guerra. En aquella forma tan fortuita de escoger a nuestra presa hubo algo asombroso, resultó que por casualidad acertamos a pasar por allí, que sólo fue necesaria una ráfaga de ametralladora, que nadie pudo contestar con sus disparos a los nuestros, y resultó que nos fuimos tras aumentar con nuestra aportación la cantidad de muertos del mundo entero (Greene, 1990c: 268-272).

Volvimos a bajar, alejándonos de la foresta retorcida y rajada, hacia el río, horizontalizándonos sobre los arrozales abandonados, lanzados como un proyectil hacia un pequeño sampán, que pasaba por el río amarillo. El cañón lanzó un solo tiro, y el sampán se deshizo en una lluvia de chispas: ni siquiera esperamos para ver cómo se debatían nuestras víctimas en su esfuerzo por sobrevivir; subimos y nos dirigimos al aeropuerto.(...) Pensé nuevamente, como había pensado al ver a la criatura muerta en Fat Diem: Aborrezco la guerra. Había algo de escandaloso en esa elección repentina y fortuita de una víctima; pasábamos por casualidad, sólo se requirió un tiro, no había nadie para responder a nuestro ataque, y nos alejamos inmediatamente, agregando nuestra pequeña cuota a los muertos del mundo (Greene, 1980 174-176)

#### 4. Conclusión

La realidad sirvió a Greene de punto de partida para crear su obra periodística y de ficción y las semejanzas que se observan entre ellas son evidentes. Sin embargo la vocación del autor fue más literaria que periodística. Para Greene el escritor tiene la posibilidad de describir la realidad que ve, pero también retratarla como debe ser o sabe que no es, mientras que el reportero debe mantenerse fiel a los acontecimientos. Ávido de libertad para recrear nuevas realidades, el autor de *El americano impasible* se sintió más cómodo en la ficción de la novela que en

la verdad de los periódicos, aunque esto no le impidió reconocer el importante papel que el periodismo jugó en su formación de escritor y fuente de inspiración para su obra literaria.

## Referencias

Albert, P. (1990). *Historia de la prensa*. Madrid: Rialp.

Allain, M.F. (1982). *El otro y su doble*. Barcelona: Caralt.

Cano, S. (1933). *Le rôle intellectuel de la presse*. París: Institut International de coopération intellectuelle.

Chalaby, J.K. (1996). Journalism as an Anglo-American invention. A comparison of the Development of French and Anglo-American Journalism, 1830-1920. *European Journal of Communication*, Septiembre, 303-323.

Greene, G. (1980). *El americano imposible*. Madrid: Alianza.

Greene, G. (1987). *Una especie de vida*. Barcelona: Seix Barral.

Greene, G. (1990a). *Vías de escape*. Barcelona: Seix Barral.

Greene, G. (1990b). *Reflexiones*. Barcelona: Prensa Ibérica.

Rigby, Ch. (1950). *The staff journalist*. London: Isaac Pitman & Sons.

Sherry, N. (1989). *The life of Graham Greene (1904-1939)*. vol. I, London: Jonathan Cape.

## Notas

(1) Este artículo está extraído de la tesis doctoral de la autora titulada "Realidades periodísticas en tres relatos de ficción: *Ilusiones perdidas* de Balzac, *Bel Ami* de Maupassant, y *El americano imposible* de Greene". Fue dirigida por el profesor Pedro Sorela Cajiao, y defendida en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid el 4 de noviembre de 2005. Entre los miembros del tribunal se encontraban la Catedrática María Jesús Casals como presidenta y el catedrático José Luis Dader como secretario. Obtuvo la calificación de sobresaliente *cum laude* por unanimidad.

(2) En Oxford, Greene disfrutó de la libertad de la que se vio privado en el colegio. Sus estudios de Historia en Balliol fueron una excusa para escapar del ambiente familiar y tener una intensa vida social: hizo sus primeros contactos literarios, fue actor y director de una compañía de teatro y le eligieron como presidente de la Sociedad de Poesía y Teatro Modernos (Sherry, 1989: 141-142).

(3) El estudiante debía enviar antes de los exámenes dos cupones que aparecían en la revista (esto aseguraba a Greene la venta de al menos dos ejemplares) y, en el caso de suspender, el estudiante recibía como premio de consolación una cena gratis para dos personas en cualquier restaurante de Oxford (Sherry, 1989: 142).

(4) También colaboraron en *Oxford Outlook*, en tiempos de Greene, Edmund Blunden, Louis MacNeice, W. H. Auden o Emyln Williams o Edith Sitwell (Sherry, 1989: 142-143).

(5) Greene pidió a su familia que se suscribiera a la revista para que los ingresos fueran mayores y contrató a un grupo de hombres anuncio para que publicitaran la revista por las calles de Oxford (Sherry, 1989: 144-145).

(6) Greene afirmó: "No hay nada que hacer en este asqueroso lugar. Nada divertido, interesante, nada que merezca la pena ni medio penique" (Sherry, 1989: 246-247).

(7) "En el *Journal* no ganaba nada y aprendía muy poco" (Greene, 1987: 147).

(8) En la misma semana en la que Greene fue aceptado en *The Times* el *Daily Telegraph* le comunicaba que le aceptaba en su plantilla y un mes más tarde el *Daily News* le hacía también una oferta para trabajar con ellos (Sherry, 1989: 282-283).

(9) El subeditor tenía como misión corregir los errores de expresión, condensar o ampliar la noticia según el espacio disponible, ajustar la noticia a las normas tipográficas del periódico y verificar datos (Rigby, 1950: 75). Además de revisar y redactar las informaciones que llegaban desde cualquier lugar del mundo (Albert, 1990: 104). El periódico *The Times* contaba con la red de corresponsales extranjeros más importante de los diarios británicos y por tanto de Europa. Algunos de ellos llegaban a viajar durante dos años por lugares remotos a cuenta del periódico. En Estados Unidos periódicos como el *New York Herald* contaban con corresponsales en Europa desde 1840. Durante la Guerra Civil Norteamericana *The New York Herald* envió 63 corresponsales para cubrir el conflicto, y el *New York Times* y el *Tribune* contaron con 20 reporteros. En 1897 William Randolph Hearst envió siete corresponsales para informar sobre el breve enfrentamiento que mantuvieron Grecia y Turquía (Chalaby, 1996: 307).

(10) En este editorial se afirmaba que "esta disputa de escala nacional era parte de un acto revolucionario que se proponía infligir sufrimiento a una gran masa de personas inocentes en la comunidad" (Sherry, 1989: 296).

(11) El diario de Churchill al que Greene hace referencia es la *London Gazette*. El escritor cuenta que durante la huelga general Churchill se apoderó de la cuarta parte del papel de *The Times* para su lujosa *London Gazette* que, "estaba mal administrada, editaba

un número excesivo de ejemplares y no se distribuía bien, y grandes paquetes de la publicación, impresa en nuestro papel, se amontonaban en la calles y podían ser recogidos por cualquiera" (Greene, 1987: 150).

(12) La huelga contribuyó a que Greene se sintiera aceptado en la redacción de *The Times*: "Recibí una cajita de plata como regalo de la gerencia. Aún no habían terminado mis tres meses de prueba, pero, en medio de aquella camaradería de cervezas compartidas y de obligaciones desacostumbradas, me había convertido ya en un miembro fijo del personal. Oxford, por lo menos, me había enseñado a beber un trago con cualquiera" (Greene, 1987: 153).

(13) Aunque durante cierto tiempo Greene dudó sobre su futuro como novelista y llegó a pensar que no se dedicaría a la literatura: "[...] estaba resuelto a abandonar la estúpida ambición de llegar a ser escritor. Iniciaría una vida segura y metódica como redactor en la segunda sala de *The Times*; al cabo de un año terminaría el periodo de prueba y me asignarían el salario mínimo de nueve guineas por semana. A partir de ese momento podría pensar en casarme. Seguiría una carrera tan apacible como la de un funcionario público: en *The Times* nunca despedían a nadie y al final me jubilaría y me regalarían un reloj con mi nombre grabado" (Greene, 1990a: 14).

(14) En su decisión de abandonar la redacción de *The Times* fue clave la publicación de su primera novela, él mismo explica que "estaba contento en *The Times* y contento habría seguido allí toda la vida si no hubiese logrado finalmente publicar una novela" (Greene, 1987).

(15) "El hombre que tuvo la máxima importancia para mí en aquella época fue George Anderson, el redactor jefe. Durante la primera semana creo que lo odié, pero antes de que transcurrieran tres años casi llegué a quererlo. Era un escocés bajito, ya entrado en años, con cara rubicunda y un lacónico sentido del humor; que fustigaba a los redactores nuevos con sus sarcasmos" (Greene, 1987: 156).

(16) En ese momento Greene también renunció a la oferta que el *Evening News* le hizo para participar como colaborador (Sherry, 1989: 376).

(17) Los periódicos franceses enviaron corresponsales al extranjero a partir de 1870 y, al igual que en la prensa anglosajona, se confió esta labor sobre todo a los escritores. Maupassant fue enviado por *Le Gaulois* para cubrir el enfrentamiento entre Francia y Argelia a finales del siglo XIX, y en el XX autores como Albert Camus, Jean Cocteau, François Mauriac, Antoine de Saint-Exupéry, Georges Simenon, Joseph Kessel también colaboraron como corresponsales (Chalaby, 1996: 307, 314).

